

noteista y semítico templado por la metafísica helena. María ciertamente no es una diosa, pero es la mujer divinizada, reuniendo en sí los dos atributos más bellos que podemos en toda mujer discernir, la maternidad y la virginidad. Por eso la hemos puesto en nuestros altares, dotándola con aquella hermosura plástica greco-cristiana, cuyo secreto ha poseído el grande artista del Renacimiento, ó sea Rafael, ese Fidias de la pintura. Hemos visto pasar por sus ojos arrobados con el arrobamiento de Murillo todas las ideas místicas. Por sus espaldas cae una cabellera más luminosa y etérea que las centellas de las eternas luminarias en el empíreo. Una túnica más alba que las blanquísimas azucenas envuelve su cuerpo, y un manto azul de cielo pende de sus hombros. Estrellas la coronan y media luna en creciente la calza. Los ángeles, surgiendo á una de la luz increada en que va sumergida, la circundan como á los arbustos las mariposas, y el globo terráqueo la sirve de peana. Yace á sus piés como rota la serpiente del mal, y sobre su frente se alza la Trinidad Santísima. Muchos templos la han alzado en todo la redondez del mundo; muchos poetas de voces é imaginaciones angélicas la han consagrado bellas odas sin fin; muchos músicos de los que podrían anotar el concierto de las esferas han compuesto en su loor sinfonías dulcísimas; las almas impalpables y las cosas reales han entonado en sus oídos, á guisa de coros, letanías innumerables, y, sin embargo, todavía no ha podido agotarse cuanto puede con gran razón decirse del astro misterioso que, interponiéndose con su disco entre la tierra y

el cielo, nos trasmite más dulcificados los resplandores de Dios, como la luna llena en su hermosura nos trasmite más dulcificados los resplandores del sol. Para estudiar á la mujer divinizada de tal suerte maravillosa en la religión nuestra, estudiémosla primero en su historia, y luégo la estudiaremos en su naturaleza intrínseca y en su influjo social. ✚

Imposible conocer todo cuanto la sociedad, con sus leyes y costumbres, ha sobrepuesto en el sér de la hembra humana, si descuidamos el seguir y estudiar su desarrollo social en la historia y los diversos aspectos por donde han pasado sucesivamente sus condiciones en el tiempo, primer creador, bajo Dios, de todos los seres. Las revelaciones traídas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán misérrimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desvaneció de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se encuentran huellas de tristísimos estados humanos, confinantes casi con la vida material de los animales y ejemplos de una especie sumida en las entrañas del planeta é identificada con la naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos

vivir en hogueras voraces ó en Océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramíneas aperebirse á trasmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raíces; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á éstas, grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes agujones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y olientes. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido bajaban á bandadas los condores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo así la putrefacción universal. Y poco á poco, modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca, y puso en precipitada fuga los animales carnívoros que nos combatían y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento neces-

rios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual adora el egipcio al perro bajo la forma de su dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia en la creación, el humano cerebro.

La leyenda religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Éufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio mucho más apropiado á nuestra primitiva desnudez y á nuestra conatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre misterios, cual en torno de los astros espesísimas sombras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la religión, para cohonestar

el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima. Los animales debieran enseñar mucho al hombre con la construcción instintiva de sus nidos y con el picoteo sobre las frutas maduras y dulces. Como ha sucedido con todas las especies, nacieron macho y hembra para juntarse, y sostenerse, y difundirse, también instintivamente, por medio del amor. Al comienzo de su existencia, ya las diversas propensiones indicarían á cada cual cómo iban á repartirse los ministerios del trabajo correspondiente á los sexos y á sus mutuos pero armoniosos destinos y fines. El macho, impelido por su mayor fuerza, treparía de súbito á las copas y sacudiría las palmeras y los plátanos para que la hembra, más tímida, recogiese los frutos al pie de los árboles, inclinándose naturalmente sobre la tierra. Dotados á una de la observación que produjo con el tiempo la ciencia, el primer hombre y la primera mujer observarían cómo la oveja tetaba sus corderillos y cómo el pollo rompía su huevo. El contacto con las inclemencias del sol y del aire llevaríanlos á pedirles vestiduras á los vegetales propicios. Y en cuanto á su habitación, la caverna, donde se han encontrado los huesos del hombre gigantesco en confusión y mezcla con los huesos del oso gigante; la gruta, construída hoy mismo por los pieles rojas y

los indios salvajes en las pampas de América; el hogar lacustre bajo los lagos helvecios escondido á guisa de madriguera nos revelan bien claramente lo estrecho, y pobre, y rudimentario de las primeras habitaciones humanas. Una condición muy patente separa desde su origen á los primeros hombres de todos los demás animales y que parece como primer atributo de su racionalidad. El único, entre los seres terrestres, que acierta con sus manos á encender fuego y con su instinto á someterlo y apropiárselo para sus especiales usos ¡oh! es el hombre, destinado en las finalidades múltiples de la creación universal á modificar y metamorfosear las cosas. El mundo clásico, en sus artísticas intuiciones, ha dado tanta importancia natural á ese descubrimiento del fuego, que su descubridor mitológico ha sufrido bajo el nombre de Prometeo la pasión terrible y el martirio cruentísimo, compañeros de todos los redentores y naturales á todas las redenciones. Ese perro tan por extremo listo; ese papagallo que habla y se sirve de su pata como de una mano; ese castor tan arquitecto; el buey tan útil; el caballo tan por extremo noble; las industriosas abejas; las pintadas mariposas; el ruiseñor, que parece como inspirado artista, no saben hacer fuego, y el hombre lo enciende cual si lo avivara en el calor de su idea.

Naturalmente, la especie humana debió comenzar por las alimentaciones vegetales. A lo sumo aprovecharíase de la sabrosa leche que los animales inferiores podían ofrecerle. Poco desarrollado el instinto cazador, y careciendo por completo de los

instrumentos necesarios á sus batallas con los animales, habría de apelar á los frutos, cual sucede ahora mismo en aquellas tribus más cercanas por su estado de infancia perdurable á la naturaleza. Una excavación prolija en los terrenos llamados con la denominación de prehistóricos encuentra la piedra, pulida por otra piedra, como el único instrumento cortante manejable allá en tan apartadas edades. Quizás el deseo congénito á la especie humana de guardar y conservar lo necesario para precaverse de futuras contingencias, llevaría las primeras tribus á tejer con mimbres los primeros cestos y amasar con agua y tierra las primeras vasijas. Pero sea de todo esto lo que quiera, pues únicamente por indicios nos guiamos en edades tan apartadas de las nuestras y tan sujetas aún á los contradictorios juicios de la crítica, no puede negarse como influiría el amor á la mujer, el deseo de protegerla y ampararla contra su propia debilidad y contra los rigores del universo, en las múltiples invenciones con que iniciara el hombre la maravillosa creación del trabajo. Pero no hay que olvidarlo: si bien la rudeza de ciertos pueblos, habituados á unir y asociar sus mujeres á los trabajos propios del sexo fuerte, induce á creer cuán identificados y confundidos estarían los esfuerzos comunes de las primitivas parejas en los tiempos prehistóricos, imposiciones fatales de la naturaleza siempre harían menos riguroso y menos continuo el trabajo de la mujer que el trabajo de los hombres, aunque sólo fuera en los períodos de irremediables achaques y naturales padecimientos á que las mu-

eres se hallan indefectiblemente condenadas por el ministerio propio y la condición irremediable de su hermoso débil sexo. La invención del fuego, que debió seguir al nacimiento del hombre, aparece como la clave maravillosa de todos los progresos materiales. Así los pueblos á una simbolizan la inteligencia en la llama. Sobre los altares arden los braseros y los incensarios, que expresan la revelación, y sobre las tumbas aquellas piras que, á su vez, expresan la inmortalidad. No hay religión donde no tenga, ya directo, ya indirecto, algún culto el resplandor de la luz, como no hay templo donde no resplandezcan místicamente los centelleos de alguna lámpara. El hogar llamamos á la casa, porque así como no hay cuerpo humano sin corazón, tampoco nos parece que puede haber familia humana sin fuego. En las más cultas y mayores civilizaciones, el sacerdocio procuraba guardar el fuego y mantenía colegios de vestales para sostenerlo y alimentarlo, no fuera que, apagándose, también se apagara la vida y la religión de su ciudad. Mas hoy no comprendemos la existencia nuestra sin el fuego, creyéndolo tan indispensable al sér humano como la sangre misma que discurre por nuestras venas, y hubo, sin embargo, épocas en las que no conociera nuestra orgullosa especie tal elemento de verdadera vida. Imposible calcular lo que la casualidad influiría en todas estas invenciones. Cuando recuerda uno que los movimientos del anca de una rana descubrieron la electricidad; que la caída de una manzana sobre un sombrero la gravitación; que un cristal, puesto en tubo de órgano, el telescopio; que un

papelillo de fumar, alzado á las alturas por las humaredas de una chimenea, el montgolfiero, no puede menos que atribuir á casualidades como el desarrollo de un gran calor por impulsos del movimiento, como la herida por el rayo de la tempestad abierta en el árbol y en la cabaña humeantes, como el incendio de una selva hojosisima, esta invención del fuego, por la cual parecería un Dios el hombre de los primeros tiempos, permitiéndole contrastar el clima con la llama, y procurarse abrigos y consuelos indispensables de todo punto al más sublime, pero también más débil quizás, por su delicada textura, entre todos los seres humanos.

Tuvo la invención del fuego una importancia tan trascendental á la familia, que hizo el hogar, y haciendo ya el hogar, fijó la parte de soberanía perteneciente dentro de su recinto á la mujer. Macho y hembra fueron desde aquel entonces menos unidos que cuando andaban errantes, y se determinaron más sus respectivos trabajos. El hombre salió de la casa y se quedó en ella su hembra. La vestal, encargada por fuerza de atizar una lámpara y de guardar un rescoldo, surgió como evocada del fuego. Pudieron cocerse ya los alimentos vegetales, y á este trabajo tuvo que ocurrir la mujer. El horno llamó el pan, y para los amasijos del pan parecen haberse criado las manos femeniles. El experimento de asar las carnes animales para el humano sustento concluyó por hacer más necesaria cada día la presencia del sexo bello en el hogar, mantenido sobre su esférica y armoniosa cabeza. Con harina que cocer vino lejía para lavar. Y esta lejía, tan

útil á la familia, provino de la ceniza que guardaban los primeros patriarcas, cual si fuese un tesoro, en grandes vasos. El primitivo culto, doquier la memoria se dilata, por fuerza tiene carácter de fetichismo. La naciente inteligencia del hombre no se levanta mucho más allá de su fetiche. Pero al fetiche se le consagra una luz y una llama, las cuales no tienen sólo por fin esclarecer el ara, sino endulzar la vida del género humano, impeliéndole á crear la sacerdotisa, partícipe de la religión, y creando la sacerdotisa necesariamente se van idealizando los ritos, por tal manera bárbaros en los tiempos primitivos, que sus antropófagos dioses pedían sacrificios humanos. El fuego trajo la fundición del hierro, y la fundición del hierro trajo consigo el acero, y el acero trajo el anzuelo para pescar y el cuchillo para cazar, pesca y caza, las cuales, aumentando la necesidad imprescindible de una mujer en la casa, también aumentaban su poderío. Si el sol es como el alma del día y la luna como el alma de la noche, á su vez el fuego, que destierra las alimañas de las selvas, me parece como el alma de la primitiva sociedad, y la lumbre del hogar como el alma de la familia y de la religión. Desde tal hora predestinada en la Providencia para una revolución profundísima no encontraréis los huesos del hombre mezclados con los huesos del rinoceronte ó del hipopótamo allá en las cavernas primitivas. El hierro forjado le ha puesto una especie de cetro en el puño, poniéndole también las armas del combate con que había de someter y sojuzgar á los animales. No le bastaba para señorearse de las cosas tan sólo el

poder de su inteligencia; seguramente había menester de otros medios, y el progreso le procuró la espada del combate y la punta del arado. Con esto ya la vida nómada del salvaje, que se había metamorfoseado en el pastoreo, pudo metamorfosearse y progresar mucho más con la fijeza del trabajo agrícola. El hombre ya echó raíces en el campo, y echando raíces en el campo, comenzó á comprender cómo necesitaba sustituir á la guerra y á la caza con trabajo más activo y más sereno. Recolectó el hombre y guardó la mujer sus cosechas. Junto á la maza de los Hércules brotó el huso de las Onfalas. Un martillo demolió las rocas que cerraban la comunicación entre los hombres, pero una rueca los vistió. El hermoso lino contribuyó tanto con sus urdimbres á la civilización y al progreso como el martillo primero y la primer espada. Rueca y copo daban los varios medios de donde salían para su bella urdimbre las telas que iban á cubrir nuestra irremediable desnudez.

Desde la hora misma en que la naturaleza estaba sometida, comenzaron por necesidad las artes, y desde la hora misma en que comenzaron las artes, nacieron las musas con sus estrellas respectivas de ideales femeninos sobre las anchas frentes. El dios Pan sonó la flauta, que fué llenando é hinchando con sus acentos de melodías dulcísimas, así oteros como majadas. Y el dios Pan se prendó nada menos que de la ninfa Eco, es decir, de la repetición que daban montes y valles á sus deliciosos flauteos, llevados en los giros y en las alas del aire. Este amor del genio, que llenaba la naturaleza con su

voz melodiosa y suave; este amor á la ninfa Eco no significa otra cosa, realmente, sino el comienzo de la divinización en la mujer, alzada por este culto natural á los altares y compartiendo la divinidad ó sea el poder sobre los seres y sobre las cosas con los dioses tradicionales ó antiguos. Y al inventar Pan el primer instrumento de aire, cortándolo con su cuchillo, asoció Eco á su invención, y al inventar Febo el primer instrumento de cuerda, también asoció á su invención las musas. Por consiguiente, la mujer vino á formar con estos inventores de las artes una especie de Olimpo en el cual ya no fué solamente la hembra del varón, fué también como un matiz del humano espíritu, como una verdadera nota del concierto que llenaba con sus armonías, y como un verdadero reflejo de la luz que llena con sus colores todo el universo. Vestales guardando la llama del hogar, ninfas latiendo en el seno de las aguas y de las selvas, la hilandera con su rueca, la tejedora urdiendo los hilos para las telas; todo esto significaba la urdimbre de una vida mejor, tendiéndose alrededor de la tierra, que iba tornándose luciente y blanda como un capullo de seda. Por consecuencia, en la excelsa mitología del trabajo la mujer tomaba con el hombre una cooperación bien natural, y en esta cooperación natural mostrábase cómo iba completando nuestra propia, íntima, interior naturaleza. El hombre, pues, ha divinizado así á la mujer. Y divinizando así á la mujer, ha mostrado el hombre cómo es tan indispensable su verdadera unión estrecha con la mujer, como la unión del alma y del cuerpo. Así la naturaleza

humana se ha dividido en estas dos esenciales partes, de cuyas contradicciones resulta una grande armonía, como del tono grave y del agudo, combinándose, resulta la música; como de las sombras y de los colores, el cuadro; como de la tesis y de la antítesis resulta la síntesis. En cuanto, merced á los progresos del trabajo, la casa pudo fijarse, y merced á este arraigo de la casa, pudo la familia robustecerse, y merced á este robustecimiento de la familia, pudo la tribu extenderse, y merced á esta extensión de la tribu pudieron las civilizaciones sucederse, vióse cómo la mujer, el marido y la prole formaban como una especie de trilogía, cuya reverberación se veía en los espacios del cielo, y desde los cielos se reflejaba en los altares, que iban vertiendo ideas sobre la naturaleza y el espíritu, esclareciéndolos y arrobándolos.

La cuna de las sociedades modernas, para mí, se halla en la India. El espíritu depositó en ella los gérmenes de donde todas las cosas espirituales debían salir. Quiso la Providencia que allí se originasen las familias arias, y que las familias arias fuesen como las madres del arte, de la religión y de la filosofía. Ese Partenón, que parece una grande oda tallada en mármol pentélico, tuvo su esbozo en la pagoda. Esos dioses que nos sonrén hoy en el Olimpo del arte, han mecido sus cunas de mimbres sobre las aguas del Indo y del Ganges. Los sistemas filosóficos, que han á una inspirado la jurisprudencia, la religión y la metafísica modernas, de allí derivan sus manantiales. Así las cinco civilizaciones capitalísimas que hay en el pla-

meta, civilización eslava, civilización griega, civilización latina, civilización sajona, civilización alemana, están en la India contenidas por sus diversos gérmenes, como todas estas familias de pueblos encerradas en la gran familia indo-europea. Naturalmente, una raza tan luminosa debió reverberar la luz de su espíritu en la religión, intuitiva filosofía de los pueblos. Y su religión divinizó esta trilogía: el padre, la madre y la familia ó posteridad. El Dios ario no se parece al Dios semita. Mientras este gran célibe se halla solo en la cúspide altísima del universo, aquél comparte su omnisciencia y su omnipotencia con la mujer, ó sea con la diosa madre de todos los seres. Por una ley natural de la historia y de la vida, el panteísmo encierra en su alta y superior unidad este amanecer del humano espíritu. En el gran todo está todo. Las cosas animadas é inanimadas aparecen como determinaciones de la sustancia única. La madre, y el padre, y el hijo, componen todos tres el universo, fuera de cuyo sér nada es, y fuera de cuya vida nada vive. Así la divinidad se aparece á los indios como padre, madre, hijo. Ya sabéis, por haberlas oído tantas veces, las letanías con que la Iglesia católica saluda en sus himnos sin fin á la Virgen Madre. Yo recuerdo las fiestas de María en la parroquia de mi valle. Sobre tarjetones azules resaltaban en letras argéneas todos los dulces calificativos á la mujer mística consagrados, y que creeríais expresión jeroglífica de amorosos suspiros. Todos los primeros días de Mayo oíamoslos repetidos en coro por nuestros sacerdotes, y nos parecían exhalar del cáliz

de las amapolas nacidas en las cañas de los trigos. Pues iguales dulces nombres dicen las antiguas letanías índicas á la madre de todos los seres creados é increados. Ella suma el misterioso número siete, que preside, como reunión de arquetipos, á las creaciones universales. Ella sustenta en sus pechos todos los seres. En cuanto levantamos los ojos al cielo, vemos el número y la medida. Pues ese número se borraría y suspenderíase también esa medida si la pareja sublime que reina sobre todas las cosas por un instante suspendiera el amor mutuo, cuyo fuego enciende y anima la creación universal. Por tales convicciones, y obedeciendo á ellas, el indio coloca su colegio de sacerdotisas sobre su colegio de sacerdotes. Cuando llega la hora del sacrificio, y arde sobre las aras el fuego sacro, y se amontonan las ofrendas, y el coro canta, y la poesía mitológica vuela entre nubes de aromas exhaladas por humaredas misteriosas, y los instrumentos místicos despiden y conciertan armonías sin fin, mientras los fieles alzan sus plegarias á las alturas y hunden sus frentes en el polvo, una voz misteriosa manda que pasen primero á prestar el homenaje debido á la divinidad las madres, ungi-das y santificadas por una predilección misteriosa de la naturaleza. He ahí, pues, cómo la mujer en el principio de las edades comparte, no solamente la humanidad con los hombres, sino la divinidad con los dioses. Y, en efecto, ¿qué sería sin su amor de todo el universo?

Pero hay que distinguir en la India los tiempos védicos de los tiempos brahamánicos, así como dis-

tinguimos en el catolicismo los tiempos evangélicos de los tiempos teócratas. Cuando el sublime libro de los vedas predominaba sobre todas las revelaciones religiosas, el culto á la madre universal se veía en el colegio de las sacerdotisas, como el culto al colegio de las sacerdotisas llegaba por inflexible lógica serie á todas las mujeres en toda la extensión de aquella sociedad. A tiempos tan puros sucedieron tiempos turbados. La religión se organizó por medio de una teocracia militante. La teocracia militante produjo las castas sociales. Y esta terrible organización de las castas trajo consigo una degeneración de la mujer, completamente corrompida bajo la inmensa pesadumbre del despotismo asiático. Pasaron los tiempos en que solamente la mujer podía presentar las ofrendas religiosas á la madre divina del universo, y solamente la mujer servía de intermediaria entre las criaturas y el Criador. Todavía hoy se ven las bellas estatuas de granito negro que representan la naturaleza bendecida y guardada perpetuamente por coros múltiples de mujeres hermosas. Concluyó este grandioso espiritua-lismo con el establecimiento de la teocracia, quien, para dominar mejor al pueblo y oprimirlo, dividiólo en castas apartadas por muros infranqueables. Lo primero que intenta toda tiranía es oprimir á la mujer, porque oprimiendo á la mujer oprime á la familia, y oprimiendo á la familia oprime á la sociedad. El despotismo de Oriente se conoce más todavía que por la organización de sus imperios por la organización de sus serrallos. Envenenando el corazón de la madre natural, envenenáis